

meraciones urbanas no pueden ser mejoradas más que merced a la creación de viviendas sanas y decentes». Se persuadirá uno de ello relacionando las estadísticas de diferentes zonas o de diferentes barrios de una misma ciudad, como lo ha hecho el Dr. Robertson para varias poblaciones de la Gran Bretaña. El promedio de mortalidad de los barrios insalubres asciende a casi al doble del número correspondiente a los barrios de artesanos; la mortalidad por tuberculosis es doble; es triple para el sarampión y casi cuádruple para la enteritis y la diarrea infantil.

Las divergencias entre ciertos barrios de Londres son casi tan grandes como las de Birmingham. Ese problema de las casuchas reclama una solución urgente; de ahí que el Ministro de Higiene pública de Inglaterra mandase estudiar, en 1919, los principios capaces de remediar mal tan lamentable; una Memoria provisional de la Junta encargada de dicha encuesta fue publicada en el curso del año pasado. Según tal Memoria, cuando la penuria de los alojamientos es intensa en una vasta superficie, no se puede pensar en preparar un plan extenso de reconstrucción inmediata. La evacuación de las casuchas, la distribución de nuevos alojamientos y la emigración de una población importante requieren mucho tiempo y recursos enormes. Ello tiene que ser el objetivo final de un programa de gran alcance.

En efecto, según la repetida Memoria, no sería juicioso querer cambiar bruscamente las condiciones vitales y el nivel social de una población acostumbrada a la insalubridad. Los habitantes de casuchas soportan penosamente sus condiciones de vida, pero padecen también, si se les obliga a marcharse fuera del centro de sus ocupaciones y de sus amistades. Según las experiencias hechas en seis planos de reconstrucción, en Londres, no se encontró, en los nuevos alojamientos, más que el 2% de la población trasladada. La evacuación demasiado rápida de las casuchas no dió el resultado apetecido; no solamente los antiguos vecinos estaban descontentos de ver au nentar sus alquileres y modificar bruscamente sus antiguas costumbres, sino que también, en los barrios adyacentes, los inquilinos expulsados iban a refugiarse, creando allí aglomeraciones caseras tan detestables como las que acababan de dispersarse.

El Ministerio de Sanidad pública recomienda, por ese motivo, a las autoridades locales, que compren los terrenos de los barrios insalubres, que hagan reparaciones completas en los inmuebles y que los administren con arreglo a los principios de lo que se denomina, en los países anglo sajones, el sistema Octavia Hill. Este sistema utiliza los servicios de agentes experimentados de solidaridad social, generalmente mujeres, que en su mayor parte, pertenecen a una Asociación filantrópica que compra y restaura gradualmente las casas en ruina, degradadas, inhabitables. Se trata a menudo de manzanas enteras de casas, en los barrios más pobres y más insalubres de una ciudad. Esos agentes fe-

meninos funcionan a veces como mandatarios de los propietarios privados, cobran los alquileres, hacen inspecciones frecuentes en las fincas y proponen a los caseros aquellas mejoras y reparaciones que les parecen deseables. Sirven así de trozo de unión entre el inquilino y el propietario, ya sea éste un individuo, ya sea un sindicato. Ese control en los barrios excesivamente poblados ha demostrado que muchos inmuebles pueden ser saneados, aun cuando tal medida sólo sea provisional, interin se lleven a cabo las reconstrucciones e interin se descongestione un arrabal, mediante la emigración de sus habitantes. Esta idea, aplicada en primer lugar en Inglaterra por Miss Octavia Hill, se propagó pronto a otros países, y se cita, por ejemplo, la formación rápida de una asociación «Octavia Hill» en Filadelfia. Esa asociación funciona actualmente desde hace diez y ocho años y posee o administra 353 inmuebles. El Municipio de Amsterdam ha adoptado asimismo ese sistema para ayudar, en la crisis de alojamiento, a la clase obrera, y posee un verdadero estado mayor femenino, que, a las órdenes de una directora general, inspecciona las casas, cobra los alquileres y activa las reparaciones.

Uno de los rasgos puestos de relieve por la investigación de la Junta de Londres subraya que el problema del alojamiento no puede separarse del de la industria y del de los transportes y que una distribución adecuada de los edificios sólo puede ser bien realizada teniendo en cuenta simultáneamente esos tres grupos de intereses. Examinando la crisis del alojamiento en las relaciones de los inmuebles entre sí, la necesidad de caminos y de carreteras, la distribución lógica de fábricas, de tiendas, de escuelas, de iglesias, de parques y de terrenos de juegos, se halla el concepto moderno de los planos de las ciudades.

El esbozo de un plano de ciudad puede aplicarse a un barrio o a una población entera y no comprende solamente la creación de nuevos centros poblados, sino también la reconstrucción o la modificación de la fisonomía de ciudades ya existentes. Se han hecho hasta planos de región, para organizar un distrito que comprenda varias ciudades o villas independientes. En efecto, las más de las veces, una población forma parte integrante de una unidad social y económica mucho mayor, que será dirigida con ventaja, aplicando principios que tengan en cuenta su desarrollo futuro.

Planos de Ciudades y de Barrios.

El antiguo sistema de construcción consiguió a veces producir tipos satisfactorios de edificios individuales; pero, en general, careció de la idea de conjunto, que hubiera servido para poder lograr que las ciudades y sus arrabales se extendiera armoniosamente, respetando simultáneamente la higiene, la comodidad y la belleza. Todas esas consideraciones han permitido establecer ciertos principios que sirven hoy de norma para la agrupación de los edificios. Se